

Catecismo 624 - 628 Jesucristo fue sepultado

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 624:

"Por la gracia de Dios, gustó la muerte para bien de todos" (Hb 2, 9). En su designio de salvación, Dios dispuso que su Hijo no solamente "muriese por nuestros pecados" (1 Co 15, 3) sino también que "gustase la muerte", es decir, que conociera el estado de muerte, el estado de separación entre su alma y su cuerpo, durante el tiempo comprendido entre el momento en que Él expiró en la Cruz y el momento en que resucitó. Este estado de Cristo muerto es el misterio del sepulcro y del descenso a los infiernos. Es el misterio del Sábado Santo en el que Cristo depositado en la tumba (cf. Jn 19, 42) manifiesta el gran reposo sabático de Dios (cf. Hb 4, 4-9) después de realizar (cf. Jn 19, 30) la salvación de los hombres, que establece en la paz el universo entero (cf. Col 1, 18-20).

Punto 625:

La permanencia de Cristo en el sepulcro constituye el vínculo real entre el estado pasible de Cristo antes de Pascua y su actual estado glorioso de resucitado. Es la misma persona de "El que vive" que puede decir: "estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos" (Ap 1, 18):

«Y este es el misterio del plan providente de Dios sobre la Muerte y la Resurrección de Hijos de entre los muerte: que Dios no impidió a la muerte separar el alma del cuerpo, según el orden necesario de la naturaleza, pero los reunió de nuevo, una con otro, por medio de la Resurrección, a fin de ser Él mismo en persona el punto de encuentro de la muerte y de la vida deteniendo en Él la descomposición de la naturaleza que produce la muerte y resultando Él mismo el principio de reunión de las partes separadas» (San Gregorio Niceno, Oratio catechetica, 16, 9: PG 45, 52).

Punto 626:

Ya que el "Príncipe de la vida que fue llevado a la muerte" (Hch 3,15) es al mismo tiempo "el Viviente que ha resucitado" (Lc 24, 5-6), era necesario que la persona divina del Hijo de Dios haya continuado asumiendo su alma y su cuerpo separados entre sí por la muerte:

«Aunque Cristo en cuanto hombre se sometió a la muerte, y su alma santa fue separada de su cuerpo inmaculado, sin embargo su divinidad no fue separada ni de una ni de otro, esto es, ni del alma ni del cuerpo: y, por tanto, la persona única no se encontró dividida en dos personas. Porque el cuerpo y el alma de Cristo existieron por la misma razón desde el principio en la persona del Verbo; y en la muerte, aunque separados el uno de la otra, permanecieron cada cual con la misma y única persona del Verbo» (San Juan Damasceno, De fide orthodoxa, 3, 27: PG 94, 1098A).

Punto 627:

La muerte de Cristo fue una verdadera muerte en cuanto que puso fin a su existencia humana terrena. Pero a causa de la unión que la persona del Hijo conservó con su cuerpo, éste no fue un despojo mortal como los demás porque "no era posible que la muerte lo dominase" (Hch 2, 24) y por eso "la virtud divina preservó de la corrupción al cuerpo de Cristo" (Santo Tomás de Aquino, S.th., 3, 51, 3, ad 2). De Cristo se puede decir a la vez: "Fue arrancado de la tierra de los vivos" (Is 53, 8); y: "mi carne reposará en la esperanza de que no abandonarás mi alma en la mansión de los muertos ni permitirás que tu santo experimente la corrupción" (Hch 2,26-27; cf. Sal 16, 9-10). La Resurrección de Jesús "al tercer día" (1Co 15, 4; Lc 24, 46; cf. Mt 12, 40; Jon 2, 1; Os 6, 2) era el signo de ello, también porque se suponía que la corrupción se manifestaba a partir del cuarto día (cf. Jn 11, 39).

Hebreos 2, 9: *Y a aquel que "fue hecho inferior a los ángeles por un poco, "a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor " por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos.*

Esta cita podría parecer sorprendente: "Por la gracia de Dios gusto la muerte...", parece una expresión un poco fuerte, un poco cruel, ¿no?. Digo cruel, porque imaginemos que nosotros dijéramos de una persona: "Por la gracia de Dios se ha muerto"; como si nos alegráramos de que se hubiera muerto.

Una vez más nos tenemos que referir a un principio de San Irineo, que ya hemos repetido varias veces en otros comentarios, el principio dice: "**Lo que no ha sido asumido no ha sido redimido**". Jesús asume todas las situaciones humanas para poder redimirlas, y "por la gracia de Dios", Jesús también entro ahí, en ese "cuarto" que nos da tanto miedo entrar. En esa situación que es tan angustiosa para nosotros.

Jesús entro en la muerte, para, así, poder "asumirla y redimirla".

Jesús se ha hecho semejante en todo, menos en el pecado: y "todo" es "todo" por la gracia de Dios.

Está teniendo lugar el punto culminante del abajamiento, al mismo tiempo que el punto inicial de la glorificación: las dos cosas están teniendo lugar al mismo tiempo; eso tiene lugar en el momento de la sepultura de Jesucristo.

¿Qué significa “gustar la muerte”?. La muerte es un drama que Jesús había gustado, pero lo había “gustado” fuera de Él. Había “gustado” la amargura de la muerte cuando la muerte de su amigo Lázaro: Lloro amargamente. Incluso, algo que queda en la intimidad de la familia de Nazaret, y no se nos cuenta el dolor que supuso para Jesús la muerte de Jose. Lloro por la muerte de Lázaro, ¿no habría de llorar por la muerte de San Jose...?. “Gustar la muerte” es gustar también el drama que tiene la muerte por la desaparición de un ser con el que uno tiene lazos afectivos. Nosotros hemos gustado la muerte, pero nos falta por “gustar”: experimentar –que eso es lo que significa- la muerte no en los demás, sino en nosotros mismos. Esa experiencia la tenemos sin hacer. **Jesús la hizo**: Jesús “gusto la muerte en los dos sentidos”.

La muerte tiene algo de dramático, porque es separación de alma y cuerpo. Nosotros no somos “ni solo cuerpo”, “ni solo alma”; somos los dos: una unión sustancial de alma y cuerpo. Cuando morimos, en esa separación “no soy todo yo”. En esa separación el alma va a la salvación eterna, al purgatorio, o a la condenación; no es el hombre entero. El alma de los santos, que están en el cielo, tienen la felicidad plena de Dios, goza de la visión de Dios; pero le falta “algo”: en la resurrección final, cuando su cuerpo resucite y se una a su alma en la parusía, todavía habrá un aumento de gozo.

En el cielo todavía no tienen “plenitud de la gloria”, porque no es el ser entero el que goza de Dios, exceptuando a la Virgen María que fue Asunta a los cielos en cuerpo y alma, ella sí que goza en cuerpo y alma de Dios.

Nosotros no creemos en esas visiones reencarnacionistas o platónicas en las que lo importante del hombre es un alma que, poco menos que se “disfraza” de un cuerpo; entonces lo importante es deshacerse del cuerpo para que el alma este libre, como si el cuerpo fuese un lastre.

A veces, es verdad, que lo experimentamos como un lastre, por nuestras enfermedades, por nuestras tendencias carnales; pero el cuerpo no es un lastre: **El cuerpo es CREACION DE DIOS!**, Y tanto el alma como el cuerpo están llamados a ser glorificados y a participar de la visión de Dios.

¡Cristo ha muerto no para salvar únicamente el alma, sino para salvar AL HOMBRE ENTERO!

Esa expresión de “pastor de almas” o “vamos a salvar almas”, son expresiones figurativas: vamos a salvar personas. Cristo asumió la condición humana con todas las consecuencias, asumiéndola para poder redimirla desde dentro.

Hay distintos textos en la sagrada escritura que hacen referencia a este misterio.

1ª Pedro 3, 18-20: Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu.

19En el espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados,

20en otro tiempo incrédulos, cuando les esperaba la paciencia de Dios, en los días en que Noé construía el Arca, en la que unos pocos, es decir ocho personas, fueron salvados a través del agua;

1ª Pedro 4, 6: *Por eso hasta a los muertos se ha anunciado la Buena Nueva, para que, condenados en carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios.*

Hechos 2, 31: *Pero como él era profeta y sabía que Dios “le había asegurado con juramento que se sentaría en su trono un descendiente de su sangre*

31vio a lo lejos y habló de la resurrección de Cristo, que ni fue abandonado en el Hades ni su carne experimentó la corrupción.

El “hades” en el antiguo testamento era el lugar de reposo de los muertos.

Romanos 10, 6-7: *Mas la justicia que viene de la fe dice así: “No digas en tu corazón ¿quién subirá al cielo?,“ es decir: para hacer bajar a Cristo;*

7 bien: ¿quién bajará al abismo?, es decir: para hacer subir a Cristo de entre los muertos.

Efesios 4, 8-10: Por eso dice: *“Subiendo a la altura, llevó cautivos y dio dones a los hombres.*

9 *¿Qué quiere decir «subió» sino que también bajó a las regiones inferiores de la tierra?*

10 *Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo.*

En torno a este misterio del “descenso de Cristo al lugar de los muertos” (aunque el credo hable del descenso a los infiernos). La palabra infiernos no se entiende como el lugar de condenación, se entiende: “al lugar de los muertos”, esa sería la traducción etimológica correcta. El lugar donde estaban los “justos” que todavía no habían podido contemplar la gloria de Dios, porque no habían sido redimidos en Cristo. Pero de esto ya hablaremos mañana.

¿Qué experimenta Jesucristo en el momento de la muerte?. ¿Qué sucedió a Cristo en el intervalo de esos tres días: desde su muerte hasta su resurrección?. Había que dar una respuesta y el “Credo” se adentró para darle una respuesta.

El catecismo ha precisado: “Cristo bajo a los infiernos en Espíritu”. Es decir, en el momento de la muerte se produce en Cristo esa separación de cuerpo y alma. En Jesús ocurre algo específico: en nosotros, en el momento de la muerte el alma, que es inmortal, se separa del cuerpo que está sujeto a la “corrupción”. En Jesucristo –tenemos en cuenta que en Él tiene lugar la unión “hipostática”, es decir: la segunda persona de la Santísima Trinidad, el verbo está unido a la naturaleza humana- esa alma humana unida hipostáticamente al verbo la que desciende al lugar de los muertos para consumir allí esa redención.

Cristo fue “Vivificado en el Espíritu” Dice en 1ª de Pedro, es decir, que tiene lugar en el momento de la muerte una “glorificación” en el alma de Jesucristo. Difícilmente podía darles la vida eterna cuando desciende al lugar de los muertos si previamente no hubiera sido glorificada.

Por eso decíamos que al mismo tiempo que es el máximo abajamiento es también el inicio de la glorificación.

Nosotros solemos pensar que el momento de la glorificación es en la resurrección, pero la Iglesia manifiesta que cuando Cristo es enterrado en el sepulcro ya ha tenido lugar la glorificación del alma humana de Jesucristo, aunque todavía el cuerpo no había sido glorificado.

El cuerpo humano de Jesucristo no fue “abandonado”, la unión hipostática del verbo no continuo únicamente con el alma humana, sino, que también, la unión hipostática continuo ce alguna manera con el cuerpo humano de Cristo, que aunque fue depositado en el sepulcro no estaba sujeta a la corrupción:

Hechos 2, 26-27: *Por eso se ha alegrado mi corazón y se ha alborozado mi lengua, y hasta mi carne reposará en la esperanza* **27de que no abandonarás mi alma en el Hades ni permitirás que tu santo experimente la corrupción**

Dios no permite que el cuerpo de Jesucristo, separado del alma, experimente la corrupción en el sepulcro. De Lázaro se dijo: “Ya huele, porque lleva unos días”, no se pudo decir eso de Jesucristo.

Salmo 16, 9-10: *Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan, y hasta mi carne en seguro descansa;*

10 pues no has de abandonar mi alma al seol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa.

Esto es lo que le paso a Jesucristo en esos tres días, entre su muerte y su resurrección.

Después de la muerte, el alma de Cristo es plenamente gloriosa y triunfante. Su primer coronamiento es **esa plenitud de vida divina que se posesiono del alma de Jesús** en el momento en que la muerte mordió a Jesús. La resurrección es una consecuencia de esa glorificación que hay en el alma de Jesús. La vida divina del Espíritu Santo después de haber henchido el alma humana de Jesús, penetrara e invadirá su cuerpo.

El acontecimiento de la resurrección en esa noche de pascua es la REPERCUSION EN LA CARNE del acontecimiento producido en el alma y en el espíritu de Jesús en el momento de su muerte.

Fijaos que Jesús le dice al buen ladrón en el calvario: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”. Con lo cual da a entender que Cristo va a ser glorificado ese mismo día.

La tradición y la escritura han considerado la resurrección como el acontecimiento principal y la fiesta de pascua se celebra como el punto culminante del año litúrgico. Nosotros celebramos la glorificación de Cristo todo de una vez: en su resurrección y la liturgia celebra al mismo tiempo la glorificación del cuerpo y del alma de Jesús. Nosotros partimos de los signos visibles: la piedra corrida, el sepulcro vacío...

La resurrección ha sido la **victoria VISIBLE sobre la muerte**. Constituye el gran triunfo de Cristo, cuando Cristo es vivificado en el alma en el momento de su muerte. En relación con el mundo invisible el triunfo ha tenido lugar en el mismo momento de la muerte.

La glorificación no se caracteriza por un homenaje exterior, a veces hemos entendido la palabra “glorificación” como que “le damos gloria”. Se trata de **la adquisición íntima de un estado**, es más, Cristo fue glorificado en su alma y nadie nos dimos cuenta, ningún testigo terreno ha podido observar esa transformación que se ha producido en Cristo después de la muerte; más tarde ya pudimos ver a través de efectos y manifestaciones en las apariciones a sus apóstoles, el sepulcro vacío, incluso en la ascensión o en Pentecostés se hizo patente a nosotros esa “glorificación” de Cristo en el momento de su muerte.

Según los textos bíblicos la glorificación es **obra soberana del Padre**:

Es el Padre el que hace “espiritualmente vivo” en el momento de la muerte,
Es el Padre el que le resucita, le toma y le lleva al cielo,
Es el Padre él le hace sentarse a su diestra,
Es el Padre le proclama sumo sacerdote según el rito de Melquisedeq,
Es el Padre el que envía el Espíritu Santo como Espíritu de Cristo.

Todos son actos de Cristo en la medida que Cristo los recibe del Padre.

¡ES EL PADRE EL QUE GLORIFICA AL HIJO!

Por medio de su sacrificio, Jesús “se había abandonado al Padre”: “**Padre a tus manos encomiendo mi espíritu**”. La glorificación es como una “aceptación” del sacrificio de Cristo.

-Es tan importante la Glorificación, que sin ella el sacrificio de Cristo habría quedado sin respuesta.

Es la respuesta del Padre al sacrificio del Hijo: “Acepto tu ofrenda”.

-Es tan importante la “glorificación” que con esta glorificación el Padre “sella esta alianza” bajo el aspecto del restablecimiento de la amistad y de la comunicación de la vida Divina con la naturaleza humana.

-Es tan importante la “glorificación”: El Padre “DA” la vida divina a esa naturaleza humana de Jesucristo, y se convierte en el “instrumento” **desde el que la gloria de Cristo se expande a los hombres.**

Es el “conducto” a través del cual el Padre **nos diviniza**.

En virtud de la Encarnación Cristo tenía “el poder de merecer” la salvación de la humanidad.

En virtud de la Pasión de Cristo “mereció” nuestra salvación.

En virtud de la Glorificación de Cristo: **Cristo “POSEE” el poder divino de dar la salvación.**

En la misa decimos: “anunciamos tu muerte, Proclamamos tu resurrección...”

Voy a ser atrevido: A mí no me basta, no me es suficiente que Cristo merezca para mí la salvación, si luego se queda sin dármele. En la glorificación de la humanidad de Jesucristo ¡se no da! Su salvación, porque se nos comunica por una “naturaleza humana glorificada”.

Lo dejamos aquí.